

Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:
Trayectoria de Cocteau

Autor/es:
Torres, Sara

Citar como:
Torres, S. (1990). Trayectoria de Cocteau. Nosferatu. Revista de cine. (3):10-17.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/40752>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



donostiakultura.com



Trayectoria de Cocteau
Sara TORRES

“Fue cuando conocí a Stravinsky cuando comprendí que la rebelión era indispensable en el arte y que el creador se rebela contra cualquier cosa, aunque sea instintivamente, es decir, que el espíritu de creación era la forma más alta del espíritu de contradicción”. En 1910 Cocteau conoció al gran compositor ruso. A pesar de estas afirmaciones, el polifacético poeta de apenas veinte años venía ya desde hacía tiempo militando en el campo de la polémica, el escándalo y la contradicción. No en vano había nacido el mismo año que la Torre Eiffel, ese monstruo ultramoderno cuya fealdad es ya imprescindible para nuestra idea de París. Fue en el año 1889, año también del nacimiento de un famoso perfume: “Jicky de Guerlain”. Georges y Eugène Cocteau tienen otros dos hijos de doce y ocho años de edad cuando nace Jean. Desde un comienzo, el recién llegado se ve rodeado de controversias éticas y pasionales. Dicen las malas lenguas que ya para entonces las tendencias homosexuales del padre habían hecho que la católica Eugène buscara los placeres fuera de casa. A Jean se le cree hijo de un artista, concretamente del pintor Joseph Wencker (frecuente retratista de la madre); otros dicen de un aristócrata y el propio Cocteau en confidencias a un amigo se reconoce hijo de un diplomático oriental. A fin de cuentas, nada de seguro, salvo la sospecha siempre intrigante del origen bastardo.

Pese a todo o por ello, Jean se convirtió rápidamente en el niño mimado de su madre, aunque a ella le gustaba salir, relacionarse y le quedaba poco tiempo para la criatura, que pondrá bajo los cuidados de una institutriz alemana. Así aprende alemán, que será durante toda su vida su lengua favorita, aunque aún hay algo más precioso que recuerda de aquellos años: sus idas y venidas con Fräulein Josephine al circo. Esta época dorada de la infancia va a recibir un duro golpe el cinco de abril de 1898 en el 45 de la calle Bruyère, donde se suicida el padre de Cocteau. Sin duda, este es el suceso más determinante de la infancia del poeta. Públicamente, tan sólo se le recuerda una mención explícita al respecto (en **Portrait-Souvenir**, que Roger Stéphane rodó en Milly en abril de 1963, poco antes de la muerte de Jean). Pero la sombra de ese suicidio es una constante en la obra del poeta y de vez en cuando la recurrencia de unas sábanas manchadas de sangre traen otra vez a este padre terrible, dudoso y desdichado.



Retrato de Cocteau, realizado por Jacques-Emile
Blanche. “J'adore mon portrait de profil”



Natalie Paley, uno de los breves romances del joven Cocteau.

A pesar de que Cocteau siempre se refiera al liceo Condorcet en un tono más bien despectivo, fue allí donde descubrió su fascinación por la belleza y el secreto dulce y canalla de su carne. Le fascina uno de sus compañeros, el alumno Dargelos, que va a ser prototipo de todos los niños terribles y ángeles inexorables de su obra: "A través de su camisa abierta surgía su ancho cuello. Un poderoso bucle caracoleaba sobre su frente. Su rostro de labios un poco gruesos y de ojos un poco atónitos, presentaba hasta las menores características del tipo que debía llegar a serme nefasto... Era hermoso, con esa belleza de animal, de árbol o de río, con esa belleza insolente que la suciedad subraya, que parece ignorarse, que saca partido de sus menores recursos y que no tiene necesidad más que de aparecer para convencer". Sin embargo, Pierre Dargelos, ingeniero y padre de familia, apenas posee recuerdos de Cocteau y por supuesto ignoraba que aquel niño buscó siempre en todos sus otros amantes aquel ideal perdido y que hasta el final de sus días su foto presidió la habitación del artista. El uno no recuerda casi nada, el otro nunca pudo olvidar nada. Se repite la vieja protesta: "Te amo. Y a ti, ¿qué puede importarte?".

1906 había sido un año desastroso en los estudios para el joven Jean. Rodeado de abogados, banqueros, agentes inmobiliarios, los deseos del aprendiz de artista por destacar, por ser diferente, se acentuaban. Fue también el año de la muerte de su abuelo materno y al parecer de una pequeña fuga de casa para dirigirse a Marsella. Esta huida, aunque corta en el tiempo, fue rica en experiencias. O así quiso Cocteau que quedara en su imaginación. Lo que con más gusto recuerda de aquellos días son las peleas entre marineros franceses e ingleses, esa bella fauna de todos los puertos del mundo, que también obsesionaba a Jean Genet y a Fassbinder, "marinos que deambulan solos o en grupos, respondiendo a las ojeadas con una sonrisa y no rehusando nunca el amor que se ofrece". Tras la muerte de su abuelo, Cocteau se instala a vivir con su madre. Las relaciones entre ambos habían sido desde siempre difíciles y complejas, pero cuando muere también la abuela Lacomte, la dialéctica amor/odio se acentúa: "Soy un ser de una tristeza que tú conoces muy bien, pues la he heredado de ti... Los dos poseemos una tendencia hacia la pesadilla. Los niños pequeños dicen todos: 'Quiero hacerme mayor para poder casarme con mamá'. No es una cosa tan descabellada. ¿Acaso hay matrimonio más dulce, matrimonio más dulce y más cruel, matrimonio más orgulloso de sí mismo que esta pareja formada por un hijo y su joven madre?". En cualquier caso, este matrimonio edípico duró hasta la muerte de la madre de Cocteau. Ella le mantuvo económicamente durante muchos años y pagó bastantes de las facturas cada vez más crecidas, debido a su afición al opio. El, por su parte, nunca olvidó escribirle por navidad el poema de cada año, donde se reflejaban su ternura y su antagonismo.



Dibujo del alumno Dargelos, primera "pasión"

Eugène Cocteau no fue la única mujer en la vida del artista, aunque ésta siempre hizo todo lo que pudo para alejar a las demás. A pesar de sus muy tempranas tendencias homosexuales, Cocteau estuvo a punto de casarse e incluso de tener un hijo. Su primera relación femenina tuvo lugar a la edad de diecisiete años con Jeanne Reynette, que cantaba en “El Dorado”, a donde iba el joven a celebrar el arte de la cabaretera Mistinguett, ofreciéndole violetas. A los diecinueve años se convierte en amante de Christiane Mancini, a quien en 1908 dedica el poema “Sadismo”. Pero será a la actriz Madeleine Carlier a quien querrá hacer su esposa un año más tarde, cuando él cuenta veinte años. La madre se encarga de alejar a esta peligrosa rival, prohibiéndole traerla a casa; también hace todo lo posible por disuadirle cuando al año siguiente Cocteau quiere un hijo de la igualmente actriz Nathalie Paley. No sabemos hasta qué punto era fuerte el entusiasmo heterosexual de Jean, pero hay que reconocer que su madre no se dedicó precisamente a estimularlo. A partir de entonces, es frecuente su relación amistosa con numerosas mujeres, de entre las cuales cabría destacar a Louise de Vilmorin (pariente de Saint-Exupéry e íntima de Malraux), la condesa y poetisa Anna de Noailles, Valentine Hugo y la célebre diseñadora Coco Chanel. Estas amistades, al comienzo muy vehementes, no siempre tuvieron un final feliz, pero al menos gracias a dos de ellas, con las cuales luego regañó, conoció a dos de los grandes personajes de la época: el novelista Marcel Proust y el músico Erik Satie.



Sert, Léonide
Massine, Misa Sert y
Diaghilev en los
Bailes Rusos,
dibujados por
Cocteau en 1911.

1912 es un año importante en la vida de Jean Cocteau. Conoce a Gide y a Ghéon, que acaban de escribir un artículo sobre él en la “N. R. F.” y comienza a colaborar con Diaghilev, famoso promotor del ballet moderno y amante de Nijinski, divinidad indiscutible de la danza contemporánea. El primer encargo fue dibujar el cartel del “Spectre de la rose”, de Théophile Gautier, que bailaban Nijinski y Karsavina. En general, su colaboración con el mecenas ruso no dio muy buenos resultados; “Le Dieu bleu” resultó un desastre, pero sirvió para que Cocteau hiciera su verdadera entrada en escena en la actualidad intelectual. En 1913 termina “Le Potomak” y en 1914, a pesar de haberse librado de la mili por su débil salud, insiste en ir a la guerra, donde permanecerá hasta 1916 en el servicio de ambulancias, como estuvo Nietzsche. Fue en el mismo año cuando comienza a colaborar en la revista “Mot” y a firmar sus primeros dibujos con el nombre de su perro, Jim. 1917 supone su primer gran escándalo, con el ballet “Parade”, realizado entre Satie, Picasso y él mismo. El público revoltoso amenazó a los autores. Más de diez años tuvo que esperar el artista para obtener su segundo escándalo sonado con el que no había dejado de soñar: “La voz humana”, en la Comédie Française. Tras varias obras teatrales, poéticas, etc. (“Le Bœuf sur le toit”, “Les mariés de la Tour Eiffel”, “Le secret professionnel”, “Le grand écart”, texto y dibujos de “Opio” y “Los niños terribles”), llegamos a un nuevo escándalo, en esta ocasión debido a su primera película, **La sangre de un poeta** (1931). Que la poesía es desangrarse lo sabía bien por su propio caso. Aquejado de enfermedades de la piel, con varias desintoxicaciones de opio a la espalda, ahora estaba gravemente enfermo de fiebres tifoideas. A Cocteau nunca le molestó del todo estar enfermo, porque de hecho, lo que más le había gustado desde pequeño es que los otros se ocuparan de él. Sin embargo, al igual que tantos creadores, supo poner la enfermedad a su servicio: “Obtengo del dolor un beneficio: sin cesar me llama al orden”.



"Mi último recuerdo de Sarah B., como Athalie". Jean Cocteau

En esta primera etapa de su vida queda marcado por una relación fugaz en años pero decisiva en cuanto formación. Se trata de su amistad con el joven Raymond Radiguet, al que encuentra en 1918 por mediación de Max Jacob y que ha de morir en 1923. Es una amistad apasionada, basada sobre todo en la literatura. Radiguet, precoz, exigente hasta la intransigencia, da lecciones de modernidad a Cocteau. Los dos maestros en el culto de lo moderno del poeta son un escritor que conoció al final de su vida, Guillermo Apollinaire, y el joven Radiguet, tan tempranamente desaparecido. Las dos novelas que dejó escritas Radiguet son "El diablo en el cuerpo" (recientemente llevada al cine de manera libre por Marco Bellochio) y "El baile del Conde de Orgel". Al recuerdo admirativo de Radiguet permanecerá fiel Cocteau toda su vida.

En 1936 publica "Portraits-Souvenirs" y, debido a una apuesta, marcha a dar la vuelta al mundo en ochenta días con Marcel Khill. Será en este viaje cuando conozca a Charles Chaplin, con el que le unirá después una larga amistad. Así llegamos a 1937, año en el cual Cocteau conocerá a un joven de veinticuatro años, hermoso donde los haya, que unirá para siempre su nombre al del poeta: nos referimos por supuesto a Jean Marais. Junto a éste, otro encuentro paralelo y a la vez opuesto: el del campeón de boxeo Al "Panamá" Brown. Son los dos extremos de la tentación erótica de Cocteau: el actor, rubio, casi griego en su belleza, representante de un mundo de arte y sensibilidad; el boxeador negro surgido de los bajos fondos, acostumbrado al mundo frecuentemente turbio de los cuadriláteros, también supremamente elegante a su modo, con la terrible elegancia de la fuerza. En ambos casos, el poeta intervino estimuladamente en la carrera de sus dos seductores, lanzando al estrellato a Marais y relanzando a "Panamá" Brown de nuevo al puesto de campeón, que había perdido recientemente. Quien desee más información sobre la apasionante figura del boxeador panameño, puede consultar la excelente biografía escrita por el pintor Eduardo Arroyo y publicada en España por Alianza Editorial.



Cocteau, hombre de mundo: con Charles Chaplin y Paulette Godard (izquierda). A la derecha, la diseñadora de modas Coco Chanel.



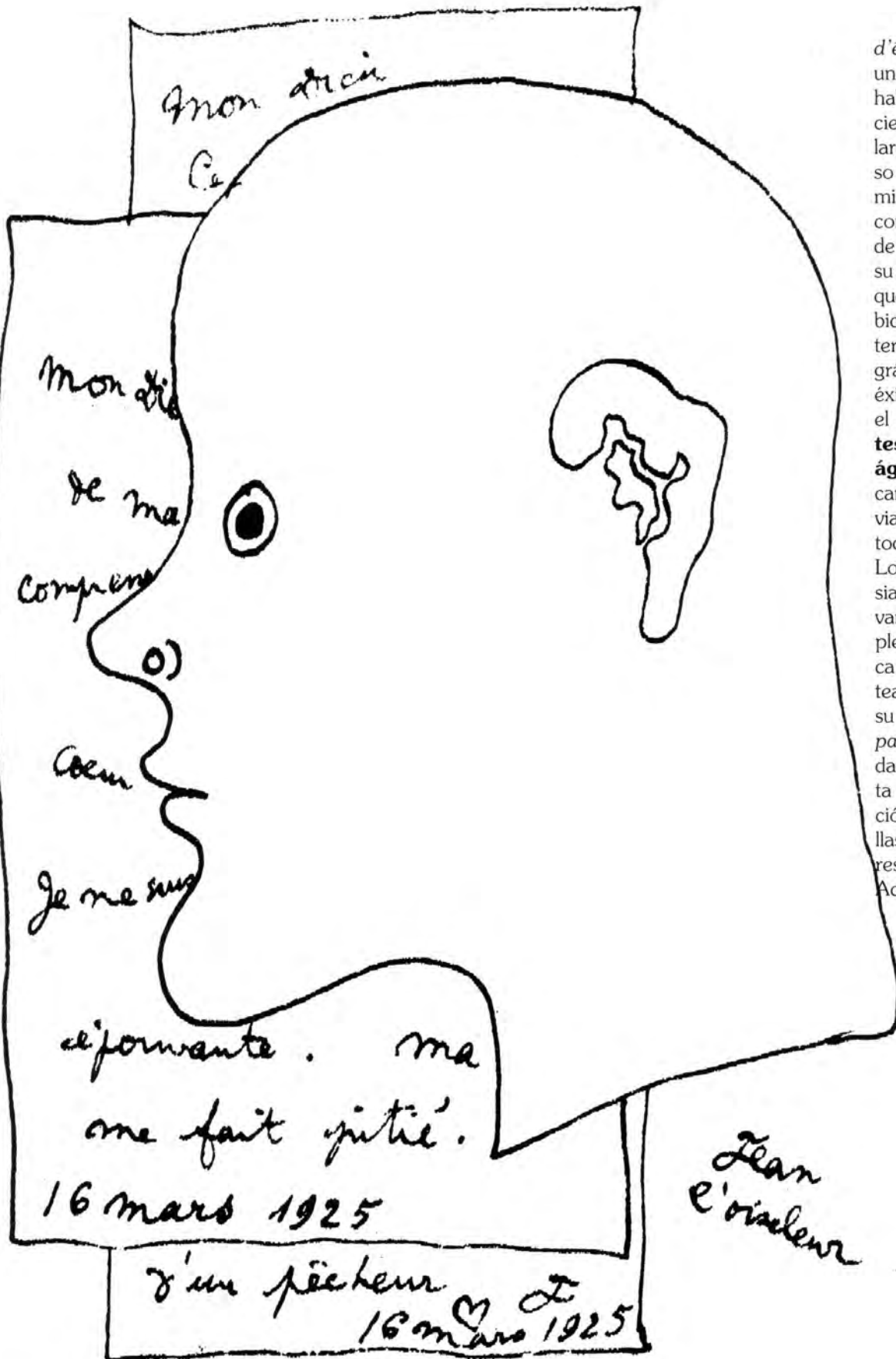
"Composition aux trois visages", 1952.
Dibujo de Cocteau perteneciente a la
colección de Edouard Dermit.

La generosidad de Cocteau con los jóvenes, no siempre correspondida, fue indudable. Por los años cuarenta conoció a Jean Genet, por entonces mucho más ladrón que literato, aunque uno de los robos por los que fue detenido era el de una edición de lujo de Verlaine. Cocteau hizo todo lo posible por editar al insolente pero genial escritor y le presentó a Sartre, cuyo estudio sobre Genet fue decisivo para que éste abandonara definitivamente el mundo del hampa por el de la literatura. Una vez editado y reconocido, Genet no guardó ningún agradecimiento por Cocteau, al que despreció como poeta y cuya ayuda generosa minimizó retrospectivamente.

El año 46 es la fecha de los dos logros más universalmente celebrados del Cocteau maduro. Estrena su película **La Bella y la Bestia**, de la que siempre se sentirá máximamente satisfecho y por la que recibirá el premio "Louis Delluc". Y el veinte de diciembre en el teatro Hebertot monta "El águila de dos cabezas", un drama apasionado como una ópera romántica y a la vez sumamente moderno en su sensibilidad. Tal como otras de sus piezas fue llevada al cine bajo su propia dirección. Rosellini, por su parte, rodó **La voz humana**, tan polémica en su día. Al año siguiente, tras haber comprado con Jean Marais una casa en Milly-Lafôret, que él quería considerar su casa definitiva, escribe "La difficulté d'être", uno de los autorretratos de artista contemporáneo más notables.

Gloria y agonía

Pese a que en "La difficulté d'être" se proclamaba como un artista acabado, pues ya había dicho y hecho todo, lo cierto es que aún le quedaba un largo y en ocasiones vertiginoso camino por delante. Un camino en el que no faltaron los consabidos escándalos como el de **Los padres terribles**, con su delicado tema del incesto, que despertó iras y hasta prohibiciones, tanto en su versión literaria como en la cinematográfica. Un camino jalonado de éxitos siempre polémicos como el de sus películas **Orfeo**, **El testamento de Orfeo** y **El águila de dos cabezas**. Un camino en el que abundan los viajes a España (Marbella sobre todo), a Grecia, a Austria y a Londres, donde decora la iglesia Nôtre-Dame de France. Se van publicando sus obras completas de poesía, teatro y crítica. Graba discos con sus obras teatrales o poéticas leídas por su voz y hasta "Un mensaje para el año 2000". Su actividad como decorador y figurinista no cesa y realiza la decoración pictórica de diversas capillas. Tampoco faltan los honores como su incorporación a la Académie Française, una elec-



"Le Mystère de Jean l'oiseleur", dibujo de Cocteau en 1925, durante una cura de desintoxicación.

ción que, según dicen sus adversarios, le hizo desmayarse de placer. Y tres años antes de morir es elegido príncipe de los poetas en París, lo que desencadena el consabido escándalo, en el que participan algunos de sus viejos enemigos surrealistas, como Louis Aragon. En 1954 tiene su primer infarto de miocardio, en cuya convalecencia los médicos le prohíben escribir, teniendo que resignarse sólo al dibujo y a la pintura. En 1963, el veintidós de abril, vuelve a tener otro ataque cardíaco. Se recluye en Milly, su casa soñada, la que compró para ser feliz con Jean Marais. Allí muere el once de octubre, pocas horas después que Edith Piaf. Siempre había jugado con la muerte: en **El testamento de Orfeo** el poeta encarnado por él muere atravesado por la jabalina que le lanza Minerva, mientras murmura: "¡Qué horror!...

¡Qué horror!". Esta confesión casi trivial es chocante en quien siempre había logrado una exaltación positiva de la muerte. Y como un muerto que volviese para dar noticias se imagina en uno de sus primeros libros, escrito en la época de su encuentro con Radiguet, "Discurso del gran sueño". Allí dice: "Tengo una grave noticia triste que anunciarte, estoy muerto... Entre nosotros la velocidad es mucho más importante que entre vosotros... A nosotros no se nos ve, no se nos oye, se nos puede atravesar sin hacerse daño. Nuestra velocidad es tan fuerte que nos sitúa en un punto de silencio y de monotonía. Te pido perdón. Para pedirte perdón he hecho el extraño esfuerzo de aparecer. La poesía se parece a la muerte. Conozco su ojo azul".



Jean Cocteau, ¿un frívolo o un genio?